

## Petróleo

# Los tramposos de Washington

**Un apasionante documento nos revela el juego secreto de los norteamericanos durante la gran crisis petrolera de los tres últimos años.**

**H**ACE un par de semanas, en el momento mismo en que Occidente contenía la respiración en espera de una nueva decisión de la OPEP sobre el alza del precio del petróleo, V. H. Oppenheim, economista de Washington, escribía tranquilamente en la revista "Foreign Policy" (número 25, invierno de 1976-1977): "Desde 1971, los Estados Unidos han venido animando a los productores del Oriente Medio para que aumentaran los precios del petróleo y los mantuviesen a un nivel elevado". Tal es la asombrosa conclusión que saca el autor de un atento estudio de una serie de documentos del Departamento de Estado, testimonios ofrecidos bajo juramento ante el Congreso y conversaciones por él mantenidas, entre diciembre de 1975 y octubre de 1976, con algunos de los principales actores de la política petrolera norteamericana que han "abandonado el servicio" y algunos de los cuales no han tenido ningún inconveniente en ser citados.

Entre ellos: James Akins, actual consejero de Jimmy Carter y antiguo experto en materia petrolera en el Departamento de Estado, nombrado embajador en Arabia Saudita en 1973 y despedido, por razones poco claras, en el verano de 1975.

### Luz verde de la Casa Blanca

Ya en 1971 Akins llegaba a la conclusión, en un estudio confidencial, de que el alza de los precios del petróleo era inevitable. Tal

perspectiva conviene en ese momento al Departamento de Estado, ansioso de asegurar la "estabilidad política" en la región del golfo Pérsico y que a partir de entonces se convierte en un área estratégica vital para los intereses norteamericanos. Del mismo modo conviene al "lobby" de la industria petrolera nacional, que confía en que el alza de los precios traerá como consecuencia el relanzamiento de las inversiones dedicadas a la prospección petrolífera en el territorio de los Estados Unidos. En abril de 1971, el American Petroleum Institute prepara el terreno con una campaña publicitaria de más de cuatro millones de dólares en torno al tema de "energy gap".

Muy pronto, la totalidad de la Administración nixoniana —agencias federales y "ministerios"— se dedica a exagerar la necesidad de un alza de los precios del petróleo. Estas "señales" son inmediatamente captadas por los responsables de los países árabes productores de petróleo. Mas por si a alguien le quedara alguna duda, James Akins se encargará de poner los puntos sobre las íes.

He aquí cómo: a finales de mayo, de 1972, los productores árabes de petróleo se reúnen en el Club des Pins, cerca de Argel. Irak acaba de nacionalizar su petróleo, Akins es invitado en calidad de observador. Allí, en plena sesión, declara que podrían esperarse fuertes alzas

de los precios "debido a la ausencia de alternativas a corto plazo a la utilización del petróleo árabe". Acababa de destapar la caja de Pandora. A finales de 1972, apenas reelegido Nixon, el National Petroleum Council publica una serie de estudios que insisten en la necesidad de aumentar el precio del petróleo en los Estados Unidos.

En febrero de 1973, el jeque Yamani, ministro del Petróleo de la Arabia Saudita, declara: "Interesa a las compañías una nueva elevación del precio del petróleo". En junio, James Akins, al que el "Wall Street Journal" sigue considerando como "un oscuro funcionario del Departamento de Estado" es súbitamente promovido al rango de embajador de los Estados Unidos en Riad. Para los iniciados no cabe ya duda alguna: con ese gesto, Washington da "luz verde" a los países árabes para que éstos eleven el precio del crudo. Además, las alzas limitadas producidas durante los dos años anteriores no han suscitado prácticamente ninguna reacción.

En el mismo momento, el informe anual de la Casa Blanca sobre la economía internacional constata, sencillamente, que los Estados Unidos están en condiciones de beneficiarse de un aumento de los precios: los excedentes financieros de la OPEP llegarán a los Estados Unidos en forma de inversiones. Y cuando Nixon nombra a Kissinger secretario de Estado, un escalofrío recorre el mundillo del petróleo: para los especialistas se hace más



Los países de la OPEP se reúnen en Qatar: petrodólares para USA.

que evidente que los Estados Unidos se aproximan a la OPEP. "Platt's Oilgram", boletín consagrado exclusivamente a los negocios petroleros —auténtica biblia del "oil bussines", desde el Caribe a los Emiratos— escribe: "Bajo la dirección del nuevo secretario de Estado, los Estados Unidos modifican radicalmente sus posiciones y ya no rehúyen el establecimiento de relaciones especiales con los países productores de petróleo y particularmente con la Arabia Saudita". No se podía ser más claro.

### Casi todo para el Sha

De hecho, en todo el mundo industrial, los expertos han comprendido que la gran "crisis" petrolera estaba en puertas. Los Estados Unidos se oponen entonces a todas aquellas iniciativas que hubieran podido aparecer como un intento de crear un frente común de los consumidores contra los productores. Los diplomáticos norteamericanos hacen fracasar todas las iniciativas propuestas secretamente por la OCDE y especialmente la que preveía un reparto de las cantidades disponibles en caso de embargo. Se comprende entonces la rabia de algunos responsables europeos cuando, unos meses más tarde, Kissinger aparenta colocarse a la cabeza de una cruzada de consumidores contra la OPEP.

Pero el Departamento de Estado tiene su propia ley de bronce: hay que fortalecer a la Arabia Saudita y al Irán, "enriquecerlos", vincularlos a Norteamérica a través de una serie de inversiones recíprocas y garantizar, gracias a esas "relaciones especiales", el aprovisionamiento prioritario de los Estados Unidos. Nixon llega a prometerle al Sha todos los sistemas de armas existentes en los Estados Unidos con excepción del atómico.

El 26 de septiembre de 1973, el Consejo Nacional de Seguridad en Washington hace saber que no habrá intervención militar americana si estalla la guerra en el Oriente Medio. El 8 de octubre, la OPEP anuncia en Viena un aumento del 80 por 100 del precio del petróleo. Cuatro días más tarde estalla la guerra. Y al cabo de tres semanas se produce la duplicación de los precios y el embargo: a finales de año, los precios se habrán cuadruplicado.

Incluso los iniciados piensan entonces que los Estados Unidos no buscaban ese resultado, que no podrán aceptarlo, que los países árabes han ido demasiado lejos. Eso precisamente es lo que hace todavía más asombroso el resto del relato de V. H. Oppenheim. Claro que Kissinger trata de soliviantar a Occidente y realiza una estrepitosa campaña contra los productores.



Yamaní: "Hay quienes piensan que USA favorece el aumento de los precios del petróleo".

La prensa americana y europea sigue sus pasos. Pero en el golfo Pérsico, los emires se enfrascan en la lectura del "Platt's Oilgram", dejando a veces de lado el "New York Times". Así es cómo leen, por ejemplo, el 22 de noviembre de 1973, en el boletín del petróleo, que los responsables oficiales americanos se congratulan de la moderación de la que hacen gala los Estados árabes en sus decisiones petroleras. O que Nixon no quiere dejarse arrastrar por sus aliados a una política antiárabe. El 15 de diciembre, Kissinger se entrevista con el Rey Feisal, al que propone asistencia técnica e inversiones sin condicionar en ningún caso sus ofertas a una baja de los precios del petróleo o a un levantamiento del embargo. ¿Habilidad y buen sentido del diplomático que trata de crear ante todo las condiciones para un alto el fuego duradero entre Israel y los árabes? ¿Pretendía Kissinger obtener luego una baja del precio del petróleo tal y como parece desprenderse de sus declaraciones oficiales? De hecho no existe en ese momento una política americana mínimamente clara.

Durante el verano de 1974, William Simon, secretario del Tesoro, obtiene de la Arabia Saudita la promesa de organizar una vasta adjudicación de petróleo que permitiría demostrar que el nivel de los precios era excesivamente elevado con respecto a la situación real del mercado. Tal adjudicación no llegó a producirse. James Akins, que seguía en su puesto de embajador en Riyad, testimonió bajo juramento, ante el Senado, que el Departamento de Estado le había impedido hacer todo lo necesario para conseguir de Arabia Saudita el cumplimiento de sus promesas. Akins admite hoy que en aquel momento llegó al convencimiento de que Washington no se oponía al mantenimiento de los precios del

petróleo a un nivel muy elevado, aunque esa política no se hubiese formulado nunca oficialmente. Lo sucedido posteriormente parece darle la razón.

En febrero de 1975, Kissinger se reúne con el Sha del Irán en Saint-Moritz, Suiza. Según Akins, Teherán comunicó a Riyad que Kissinger no sólo no había hecho esfuerzo alguno para convencer al Sha para que redujese los precios del petróleo, sino que había llegado incluso a decirle: "Los Estados Unidos comprenden el deseo del Irán de conseguir una nueva elevación del precio del petróleo". Los saudíes utilizaron en vano todos los canales para dar a entender a Washington que están dispuestos, por su parte, a obtener una baja del precio de la OPEP. James Akins, desde Riyad, bombardea al Departamento de Estado con notas en ese sentido. Y enoja a Kissinger hasta tal punto que éste opta por despedirle.

A fines de 1975 —es decir, apenas hace un año— el saudita Yamaní envía una carta "estrictamente personal" a William Simon, secretario del Tesoro, en la que escribe a propósito de la OPEP frases tan sorprendentes como estas: "Hay entre nosotros quienes piensan que la Administración americana no se opone a un posible aumento de los precios del petróleo. Hay incluso quienes opinan que ustedes mismos favorecen esos aumentos y que toda posición oficial que afirme lo contrario tiene precisamente como fin encubrir ese hecho".

Yamaní añade que si los Estados Unidos no se deciden a presionar sobre el Irán, "la Arabia Saudita se verá obligada a abandonar su actitud actual en materia de precios para adoptar la misma posición intransigente de sus colegas de la OPEP". Yamaní no tuvo el éxito que esperaba. El propio Simon, seducido por las perspectivas que abría la afluencia masiva de los petrodólares a los Estados Unidos, adopta la política del petróleo caro.

¿Qué deducir de todo ello? ¿Se trata de un magistral doble juego que los Estados Unidos llevan practicando aproximadamente cinco años y que tiene como víctimas a sus aliados occidentales? No es tan sencillo. En primer lugar, ha habido permanentemente en Washington distintas políticas petroleras, a veces paralelas, según que la influencia predominante viniera del Departamento de Estado, del Secretariado del Tesoro o del Interior, muy vinculado este último a las compañías petroleras nacionales.

Así, cabe citar como prácticamente seguros los puntos siguientes:

1. De 1971 a 1973, por razones económicas y estratégicas Washington propició un aumento de los precios del petróleo por la OPEP.

2. Los Estados Unidos no deseaban una elevación tan ingente y rápida como la decidida por la OPEP a finales de 1973, al socaire de la guerra del Oriente Medio.

3. Por interés y también porque no les quedaba más remedio, los norteamericanos se adaptaron rápidamente a la nueva situación creada.

¿Cómo se explica la actitud norteamericana? Por lo que respecta al Departamento de Estado, la respuesta es relativamente simple: Kissinger estaba obsesionado por la necesidad de estabilizar la región del golfo Pérsico contra intento de subversión y por el deseo de garantizar a cualquier precio el abastecimiento de los Estados Unidos gracias a relaciones bilaterales privilegiadas con los productores del Golfo.

### Un nuevo "lobby"

Hay otras dos explicaciones profundas que no están directamente ligadas a la diplomacia: 1. Los medios dirigentes americanos están preocupados desde la primera Administración Nixon por el problema de la independencia energética —aunque la solución de este problema les parece asegurada a largo plazo—. Sin embargo, en lo inmediato, sólo un alza importante del precio del petróleo podría dar un nuevo impulso a la investigación petrolera nacional y a las inversiones necesarias para la explotación de las fuentes de energía de sustitución. 2. El sistema monetario internacional juega a favor del dólar hasta tal punto que las enormes sumas que los países petroleros obtienen por venta del crudo de las naciones del mundo industrial pasan casi inmediatamente a los canales del sistema bancario norteamericano y de los consorcios financieros internacionales dominados por Wall Street.

Esto explica por qué, a partir de finales de 1975, la Administración norteamericana ha dejado de hablar de baja de los precios del petróleo. Las únicas acciones emprendidas desde entonces —con ayuda de la Arabia Saudita— han tenido como objetivo la "moderación" en las alzas del precio del petróleo. Tal es el sentido de las intervenciones de Washington cerca de los países productores —y en especial de Persia— en vísperas de la reciente reunión de los países de la OPEP. Mientras tanto se ha instalado en Washington un nuevo lobby —el de los banqueros, los inversores y los exportadores favorables al entendimiento con la OPEP—. Jimmy Carter tendrá que contar con ello y con las grandes compañías, más valientes que nunca, cuando trate de definir, en el año que comienza, una nueva política petrolera para los Estados Unidos. ■ FRANÇOIS SCHLOSSER (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)